

JAIME GUZMAN ERRAZURIZ

Hablo en nombre de la Universidad Católica de Chile, la Casa que recibió a Jaime Guzmán en su juventud, y en la que él sirvió literalmente hasta el último minuto de su vida.

Por lo mismo, porque hablo en nombre de una institución de educación, me dirijo especialmente a los jóvenes, a ustedes que se sienten sacudidos de dolor e indignación, y me dirijo también a toda la gente sencilla que halló en él un maestro, un guía y un amigo - a todos los que aprendieron algo de él- y que están hoy estremecidos haciéndose la pregunta del desconcierto y la impotencia.

¿Qué sentido tiene este horror, qué sentido tiene esta injusticia?

Yo creo que hay una respuesta. La respuesta es que Jaime murió para dejarnos un legado. Lo que él enseñó, está hoy confiado a nuestras manos.

Quiero pedirles que aquí, ante el misterio de la muerte, miremos un momento esa herencia, el mensaje que deja Jaime Guzmán, y que lo deja para todos, no sólo para los que compartieron sus ideas, sino para todos los hombres de buena voluntad.

Ustedes lo vieron, y lo oyeron muchas veces. Un hombre brillante, sin ninguna vanidad. Un hombre hábil, lleno de bondad. Un hombre que tuvo poder y no conoció la prepotencia. Combativo, pero delicadamente respetuoso de su prójimo. Inflexible en sus ideas, y anheloso de perfeccionarlas. Alegre, aunque se sabía seguido en forma tenebrosa por la muerte. Cargado de ocupaciones, pero siempre con un minuto disponible para ayudar a otro.

Ese es el hombre al que lloramos.

Pero ¿cómo se las arreglaba para ser así? Acuérdense para entenderlo de que nunca se dejó arrastrar por las pasiones; de que les imponía un freno constante, el freno de la razón y que buscaba así ardientemente en cada coyuntura, la verdad y la justicia.

Por eso pudo vivir como vivió, austero y sencillo, dejando de lado todo lo superfluo. Por eso, en vida tan breve pudo hacer tantas cosas.

Dicho en una palabra, se hizo capaz de entregarse por entero.

¿De dónde le venía el vigor para esa entrega? Le venía de su fe en Jesucristo el Señor, que fue su refugio y su fuerza.

La mano asesina que lo hirió, escribió sin quererlo con la sangre de Jaime su mejor elogio: "Este hombre vivió para entregarse hasta el extremo por su patria, por su pueblo, por su fe".

Pero entonces su herencia nos exige algo a todos nosotros, independientemente de nuestras ideologías; a todos los jóvenes, a los hombres de buena voluntad; a los gobernados y a los gobernantes.

Nos pide a todos que seamos en cierta forma como él: entregados al servicio, fieles buscadores de la verdad; que no nos dejemos arrastrar por las pasiones, por los resentimientos, por el odio o la venganza; pide a todos que sean fieles a sus convicciones y acogedores hacia el prójimo.

Nosotros -todos los chilenos- podemos y debemos poner la cuota de fidelidad que es necesaria para construir una patria en armonía. Pero hay algunos a quienes se les pide algo más.

Porque así como la herencia de Jaime le dice algo a todo el pueblo, les dice también algo a sus representantes, a quienes legislan y a quienes nos gobiernan, y se los dice muy claro: "Aquí quedó un hombre que no temió a la muerte, que no temió a la impopularidad porque quería entregarse por la patria".

Les dice a ustedes que todos los hombres pacíficos y laboriosos de esta tierra esperan de ustedes firmeza y conducción; esperan que atajen la peste del terrorismo, que no le teman a sus armas y que mucho menos le teman a la impopularidad. Nadie puede pedirles que tengan las mismas ideas que tuvo Jaime Guzmán. Pero todos esperan que ustedes tengan el mismo coraje que él.

Antes de terminar, permítanme una evocación muy personal, que no quiero callar en este momento solemne puesto ante los restos de un amigo a quien quise como se quiere a un hermano.

Son algunas de las últimas palabras que escuché de su boca hace unas pocas semanas, en una larga y amable velada de las que solíamos tener, y que me eran tan gratas, porque Jaime Guzmán hablaba de Dios.

Allí me recordaba, puesto el pensamiento en la vida eterna, las palabras de San Pablo a su discípulo, que sonaban como la razón de ser de la existencia de Jaime, y como su programa de vida: "Porque se ha manifestado la gracia de Dios...enseñándonos a negar la impiedad y los deseos del mundo, para

que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo, con la bienaventurada esperanza de la venida del gran Dios..."

Eso es lo que Jaime quería para sí - eso es lo que quería para ustedes- para todos nosotros.

Si recogemos ese legado de fe y de esperanza, de racionalidad y de respeto, de señorío sobre las pasiones y sobre los impulsos ciegos, entonces un día, cuando se hayan secado nuestras lágrimas y se haya aliviado esta congoja que nos aprieta el corazón, veremos que hemos ayudado a florecer a una sociedad mejor entre nosotros y sabremos que no murió en vano Jaime Guzmán.

Santiago, abril 4 de 1991.

JUAN DE DIOS VIAL CORREA

Rector

P. UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE